

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1920

NUM. 19.216

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

DRAMA EN LA FARSA

POR ALFONSO
HERNÁNDEZ CATÁ



Esos primeros simulacros de pugnas entre caracteres y actitudes que en los bancos del colegio anticipan una imagen, no menos terrible por su candidez,

de las luchas entre los hombres, Julio Arnao vencía fácilmente a sus compañeros. Los profesores ponían de modelo a aquel niño reflexivo, de anchos ojos atónitos y frente ya torturada por una arruga bajo los bucles color de ámbar; aplicado no sólo a extraer la ciencia de los libros, sino a desentrañar en todos los hechos el sentido recóndito, desconcertaba con el anhelo, siempre móvil, en sus preguntas. Y más de una vez, al verle apoyado de brazos en el pupitre, con la cabecita entre las manos, en un gesto casi doloroso de atención, alguno de los maestros sintió una misteriosa intranquilidad.

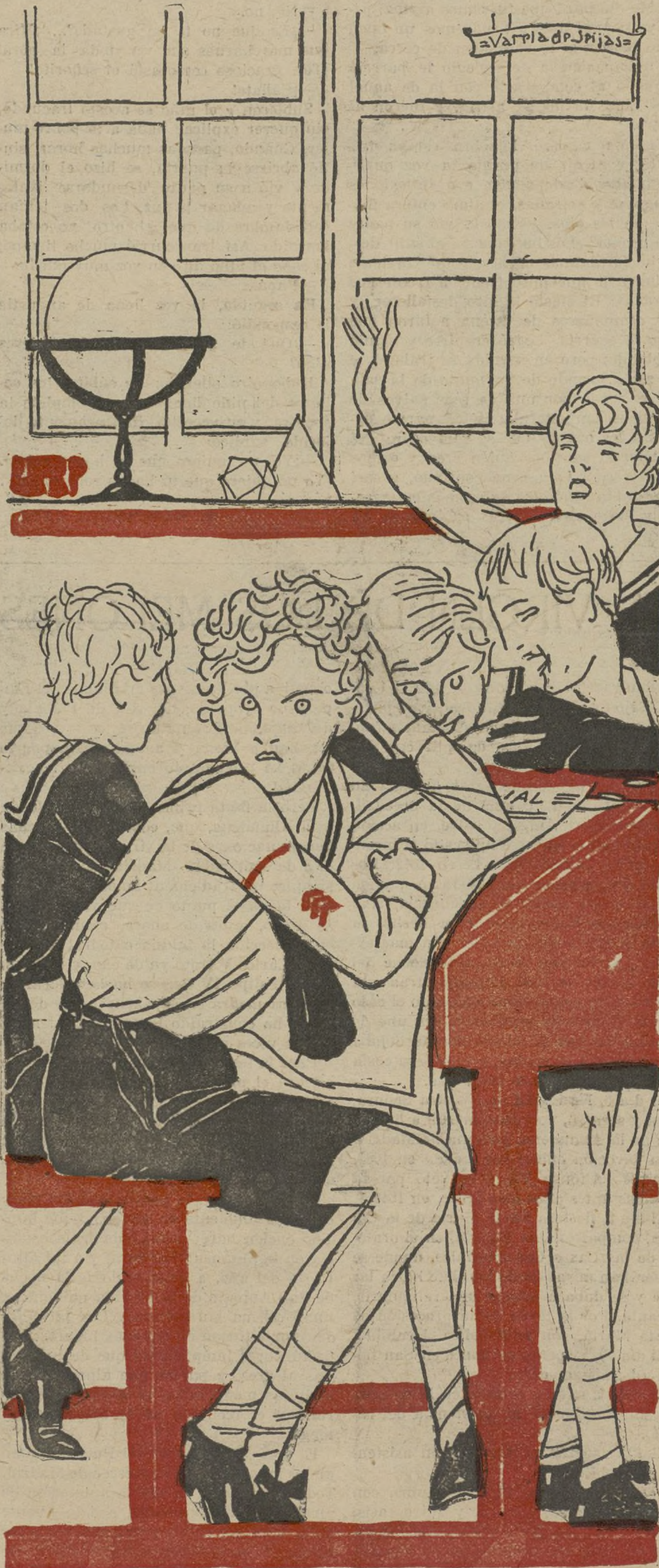
No es preciso decir que el orgullo de estar siempre en el cuadro de honor y de merecer, por su conducta, los elogios de todas las personas mayores, engendraba en todos los demás muchachos una malquerencia de continuo activa. Burlas, pescozones, ofensas anónimas, de las cuales no era posible tomar venganza, acidulaban su existencia. En el dormitorio le era preciso vigilar contra su propio sueño hasta estar seguro del de los otros, temeroso de algún almohadazo.

Los jueves por la tarde, en la sala de visitas, viendo al través de las ventanas los coches y automóviles que aguardaban a los familiares, Julio, trémulo de emoción, observaba, al llegar su padre, que el hisbiseo de las conversaciones se aquietaba y que muchas cabezas volvíanse a mirarlo con una curiosidad donde su instinto percibía algo de simpatía; pero de una simpatía rara, protectora imposible de analizar para su almita, toda hecha aún de oscuridades y presentimientos.

Durante la visita, el padre miraba varias veces, emocionado, al cuadro de honor, y como si quisiera grabar en la voluntad del niño la suya, le repetía con voz anhelosa:

—Quiero que estudies, que tengas una carrera de verdad, mi nene.

Y cuando se iba, Julio sentía, aun en medio de la greguería del comedor, una impresión de sombra, de soledad. Luego, en los instantes de desfallecimiento, si la fatiga o la dispersión de su inteligencia lo incitaban a apartar la vista de los libros, la voz paternal resonaba en su memoria como un reproche; cobraba toda su imperativa ternura, y los ojos se clavaban otra vez con ahínco en la página, fuertes ya contra el cansancio y las incitaciones externas. A veces lloraba sin motivo concreto, y sin saber por qué envidiaba hasta a los más torpes. Y los domingos, al ver acudir en tropel a sus condiscípulos al locutorio, y pensar en que su padre no podía venir, tomaba su pesar la forma del desamparo, y solo, en el vasto patio, surcado de penumbras violetas, sentía ansias de ponerse de rodillas ante todas las cosas, de dar sus diplomas, su vida íntegra, a cambio de aquella hora robada a su ca-



riño por la profesión incomprensible, que consistía en trabajar, sirviendo a los otros de recreo.

Su memoria, al remontarse, hallaba lampos de bruma que lo extraviaban. De sus primeros años recordaba una casa de campo, unos brazos rudos apenas maternales, largos días de sol en las eras, inviernos, tiempo apenas definido por el múltiple cambio de estaciones, árboles desnudos y armoniosas frondas fragantes y risueñas después.

Un día su padre lo fué a recoger a aquel retiro, y al verlo despedirse con congoja de la campesina y llamarle madre, le dijo: «Esa no es tu madre, nene mío; tu madre ya no está en el mundo...; pero quedo yo para hacerte un hombre.» Y viajaron un día entero, en el tren; llegaron a la ciudad y lo internaron primero en un colegio tético, en donde pasó cuatro años casi sin ver a su padre, de quien le decían los profesores que estaba trabajando en América; luego cambió de colegio y entró en aquel aristocrático, adonde él venía todos los jueves cargado de bombones, de chucherías, con los ojos siempre nublados de ternura. ¿Qué era su padre? Al fin lo supo; es decir, supo el nombre de la profesión, sin llegar a percibir el sentido. A la vanidad del morenito travieso, que para terminar todas las discusiones, decía: «Pues mi padre es ministro, vaya»; a la complacencia de quienes podían decir: «Mi padre es ingeniero, médico, abogado», él pudo oponer al fin: «Mi padre es actor.» Los otros niños, derrotados por la novedad del vocablo, debieron preguntar en sus casas, pues a la noticia escueta se añadieron bien pronto adjetivos que granjearon a Julio, primero, el respeto, y después, otra envidia menos violenta que la suscitada por sus méritos escolares. Su papá no sólo era actor, sino un gran actor, el primer gran actor cómico del país. ¡Bah, ya podía burlarse el pelirrojo diciendo que ser actor es hacer tonterías; por tonto no se admira a nadie!... Y aquellas miradas al verlo entrar serio y como encogido en la sala de visitas eran popularidad, admiración... ¡Qué días de orgullo disfrutó Julio! Cada vez que sentía aquietarse las conversaciones y vagar sobre los labios de los visitantes, al llegar su padre, una sonrisa, henchíase de gozo y se le antojaba que el nombre de su papaito icólatrado estaba inscripto, no en el mísero cuadro de honor del colegio, como el suyo, sino en un cuadro mucho más vasto y más difícil: en el cuadro de honor de la Humanidad.

Esta idea hacía duplicar sus esfuerzos. Para él, ninguna lección era larga ni árida; lo importante era concluir aquel año para pasar, por primera vez en su vida, unos días junto a su padre, antes de embarcar para Inglaterra, en donde debía continuar sus estudios.

Aquel año la tarea no fué tan fácil; otro chico estudiaba casi tanto como él, y la lucha por el primer puesto estuvo llena de alternativas. Corría la primavera, y una laxitud desmoralizadora ascendía del jardín, ya en olor a tierra húmeda, ya en trinos de pájaros, ya en fragancia de flores. Al principio de cada lección difícil, Julio había escrito esta palabra, a la que nadie hubiera podido dar su inmenso sentido de estímulo: «Papá»; y antes de comenzar el estudio recogía un instante su alma, pensaba en

él, en la próxima temporada que pasara a su lado, viéndolo vivir, y en seguida su energía mostrábase de nuevo ágil y dispuesta para la labor. Una noche, en el estudio, un periódico circuló de mano en mano y llegó hasta las suyas. Traía un artículo lleno de ditirambos sobre la labor de su padre en una obra reciente, y publicaba también fotografías de las escenas principales. La mano torpe y cruel del pelirrojo había escrito estas palabras al margen: «Mira qué feisino está tu papá...» Julio miró con toda su alma y tardó mucho en descubrirlo. ¿Era aquél? Al través del traje estrafalario, de la peluca, de la barba, apenas logró reconocerlo... Era un parecido remoto; diríase que el verdadero ser, el de la voz dulcísima, el de los ojos hondos y húmedos, cuando hablaba de la madre muerta, estuviere profundamente escondido dentro de la figura del retrato. Julio sintió impulsos de llorar; mas ante el hostil varillaje de miradas fijadas en él realizó un esfuerzo enorme y logró sonreír. Aquella noche no tuvo necesidad de esforzarse para esperar a que todos se durmiesen; el hervor del pensamiento ahuyentaba el sueño. Mil preguntas, mil impacencias se entrecrocaban; temores sin forma hacíanle abrir mucho los ojos, como si quisiera percibir en la sombra — alegoría del porvenir — algo amenazador. El no quería que su padre fuese feo; si el de uno construía puentes, el de otro sanaba enfermos o ganaba pleitos y el del pelirrojo maldito no hacía nada, porque era marqués, el suyo debía ser mucho más importante, mucho mejor... ¿Cuándo llegaría, al fin, la época de pasar el primer asueto junto a él, venerándolo, idolatrándolo! Todas las medidas de tiempo parecíanle inmensas... Julio ignoraba aún esta terrible y sencilla verdad, tan pocas veces aplicada a nuestra impaciencia: todo llega y pasa en la vida. Y al terminar el curso y ver llegar una mañana a su padre para recogerlo, sintió, ante el hecho tan esperado, el estupor que produce lo milagroso.

¡Oh, el encanto, las sorpresas de los primeros días! La casa era pequeña, como un nido. Todo era nuevo, claro. La camita suya estaba cerca de la de su padre y tenía un crucifijo tallado en madera. La vida adquiría allí sosegados ritmos. Ni los parques frondosos, ni los paseos en coche satisfacíanlo tanto como su casita. La criada iba por las habitaciones a pasos quedos; sobre el comedor, dos amorcillos repetían en el friso una escena llena de gracia, que él veía una y otra vez sin fatiga, mientras su padre leía los periódicos. Ningún capricho suyo dejaba de ser realidad, ningún cuidado se debilitaba con los días. Y, sin embargo, al poco tiempo aparecieron dos nubecillas en el horizonte: la primera se disipó; la otra fué agrandándose, ennegreciéndose, hasta cubrir y amenazar su dicha. La primera ocurrió una mañana; llamaron a la puerta, salió su padre a abrir, y al poco tiempo sintió una voz chillona, a la que respondía la voz quechada, en tono, a la vez, airado y sofocado. Julio acudió, y su padre, entonces, alargando algo a la que gritaba, cerró con violencia la puerta y volvió sonriendo hacia su hijo la cara, donde sólo la boca lograba fingir sonrisa. El niño no pudo sospechar la significación de la escena; pero acaso ello contribuyó a que la otra contrariedad se agudizase. Por las noches, al irse su padre al teatro, la casa le parecía de súbito sombría, vasta, enemiga. ¿Por qué lo dejaba tan solo? ¿Por qué rehuía hablar del teatro y llevarlo a verte era el único capricho que le negaba? Aquel miedo a las noches se hizo presente al amor paternal, porque empezó a encontrarlo despierto y nervioso al regresar de madrugada; y una noche, cuando ya lo suponía dormido, oyó su vozecita suplicante:

—Papa, yo quiero también verte una noche; no me quiero ir al colegio de Inglaterra sin haberte visto.

—¿Para qué, bobo, para qué?

—No me compres la bicicleta ni la caja de compases, pero déjame ir.

Había tanta ansiedad en la súplica, que el padre prometió:

—Irás una de estas noches, bueno... Duerme ahora.

Algunos días más tarde, la criada llamó con sigilo al niño para decirle:

—Oye, esta noche vamos a ir a ver a tu papá. El me dió hace días dinero para que, sin decirle cuándo, fuéramos a verle. Me dió para que fuéramos arriba; pero yo pondré más y tomaremos un buen sitio para que lo veas bien de cerca.

Su impaciencia del colegio le pareció pequeña al compararla con la de aquel día. Llegó la noche, al fin, y fueron al teatro.

Cuando empezó la obra estaba trémulo, y al oír de pronto la voz querida hablar desde dentro con inflexiones gangosas y extrañas, el alma entera fijóse en los ojos. ¿Cómo lo vió su padre tan pronto? ¿Los buscaba ya al salir desde hacía algunas noches, o fué corriente anímica lo que puso frente a frente sus miradas? El efecto lo hizo desfallecer, y sus compañeros de escena notaron que algo le ocurría. Logró erguirse y siguió hablando; pero en seguida se trabucó, y un siseo surgido de un punto de la sala fué apagado por una de esas salvas de aplausos con que el público parece decirle a los actores que se equivocan: «No te apures; sabemos quién eres y somos generosos...» La escena continuó, y casi en seguida sonó otra salva más entusiasta, y luego otra, y otra. «¿Cómo se ha

crecido!»—murmuraban algunos—. «Está trabajando como nunca. ¡Qué gracia de hombre!»—decíase entre carcajadas—. Y cada vez que Julio miraba hacia la sala veía caras congestionadas, manos juntas, mientras en el escenario, su padre, no el que él conocía y adoraba, sino el calificado odiosamente por el pelirrojo, se contorsionaba, fingía la voz, ponía una cara estúpida que hacía morir de risa.

En cuanto cayó el telón al final del primer acto, Julio se obstinó en volver en seguida a su casa, y la criada no pudo retenerle.

—¿Estás malito, bobo?

—No, no.

—¿Es que no te ha gustado?... ¡Mira que marcharnos sin ver toda la obra! ¡Tan gracioso como está el señorito!

—¡Cállate!

Subieron y el niño se acostó iracundo, sin querer explicar nada a la pobre mujer. Cuando, pasadas muchas horas, sintió abrirse la puerta, se hizo el dormido y vió a su padre desnudarse lentamente y apagar la luz. Los dos tenían certidumbre de que el otro no estaba dormido. Así transcurrió mucho tiempo; al cabo el niño dijo en voz muy queda:

—Papá...

En seguida, la voz llena de angustia le respondió:

—¿Qué te pasa, mi nene? ¿Quieres algo?

Hubo otro silencio; de súbito, los sollozos del niño llenaron por completo la sombra, y su vozecita, inmensamente dolorida, suplicó:

—¡Yo no quiero que tú hagas reír... ¡Yo no quiero que tú hagas reír, papá!...

A. HERNÁNDEZ CATA

LA VIRGEN DE LOS MELONES

ANTIGUAMENTE era muy devoto el Conde de la villa de Madrid, y no pasaba mes sin que costase unas cuantas funciones de iglesia para cumplir con sus obligaciones espirituales.

El último sábado de agosto pagaba un «Te Deum» en la capilla de la Soledad, con descubierta, misa y salve, en acción de gracias por haberse aplacado el incendio de la Casa Panadefia en 1672. Por cierto que, a pesar del «Te Deum», y sin que esto sea dudoso de su eficacia, sino únicamente hacer constar el hecho, la plaza Mayor volvió a arder con más extenso y devorador incendio la noche del 16 de agosto de 1790. Dejando atrás esta observación, seguiremos anotando el caso de que el mes de septiembre era uno de aquellos en que el Ayuntamiento dejaba más tiempo a la piedad, siendo a su costa todas estas funciones religiosas.

El día 8, Natividad de Nuestra Señora, misa y sermón, con descubierta, a la Virgen de la Almudena, patrona de Madrid. Esta devoción oficial fué creada en 1085, reinando Alfonso VI, y se votó por la villa bastantes años más tarde, en 1646.

El día 9, fiesta a Santa María de la Cabeza, compatrona de Madrid, en el oratorio de las Casas Consistoriales, donde se celebraban misas desde las siete hasta las doce y se daba a adorar una reliquia de la santa. Por la tarde había procesión en Santa María, con asistencia del cabildo.

El día 10, vísperas solemnes en San Isidro a la misma santa.

El día 11, misa y sermón en la colegiata, sin manifestar ni asistencia del cabildo.

El día 12, vísperas en Atocha, con asistencia del cabildo.

Y, por fin, el día 13, «Te Deum», con manifestar, misa, sermón y salve, asistiendo el cabildo. Esta celebración fué votada en 1683, en memoria de la victoria

obtenida por las armas cristianas del Emperador Leopoldo, del Rey de Polonia y del duque de Lorena sobre los turcos que sitiaban a Viena y amenazaban, por lo tanto, el predominio europeo de la cristiandad.

Pero la fiesta principal era la dedicada a la Almudena, que, como la de muchas denominaciones de la virgen, celebrábase el 8 de septiembre. Madrid ha profesado siempre un tradicional amor a esta imagen, hasta el punto de que varias veces se pensó, antes de ahora, calificar bajo su protección la iglesia catedral de Madrid. Carlos V trató ya de ello, y en tiempo de Felipe IV llegóse hasta colocar la primera piedra en el mismo lugar donde ya se ha construido la cripta del templo tantas veces proyectado.

Pero la festividad popular religiosa que celebra el pueblo de Madrid el día 8 de septiembre es la de la Virgen del Puerto. Al soto que en tiempos de Carlos IV se llamaba Paseo Nuevo de la Corte acuden los madrileños a despedirse de las verbenas veraniegas.

Por lo regular, la proximidad del río y el fresco ambiente de aquel bosque humedado suelen hacer desagradable la estancia en tan húmeda hondura, y a tal altura ya del año, a quienes desde la noche de San Antonio de la Florida no dejaron una verbera sin celebrar. Los farolillos de colores tienen en aquellos lugares más de fúnebres lampadarios que de luminarias alegres, y parece que alumbran, en exequias menguadas, el cadáver del verano y el recuerdo de la alegría veraniega.

El soto de la Virgen del Puerto es uno de los lugares más pintorescos de Madrid. Todavía, aunque no con la animación de otros tiempos, constituye, con la Fuente de la Teja, un sitio de reunión donde los domingos se congregan los mozos y las

mozas de Galicia y de Asturias que en la corte se hallan dedicadas al servicio doméstico ellas y consagrados ellos al noble ejercicio de reclutas o a la práctica ocupación de manebos en alguna tienda. Antes daba una nota peculiar y característica a estos conciliábulos el tipo, ya desaparecido, del aguador. Los progresos urbanos han destruido este oficio, que pasó a la historia, como la ocupación del encuartero del tranvía, pues que la tracción eléctrica, suprimiendo el enganche animal, si bien ha resuelto un problema de comodidad, en cambio, ha aumentado considerablemente los círculos políticos y literarios.

La capilla de la Virgen del Puerto hace perdurable la memoria de la piedad de un devoto caballero. El Sr. D. Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, marqués del Vadillo, corregidor que fué de esta villa de Madrid e intendente general de ella y su provincia, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de los Sres. D. Antonio de Salcedo y Arboni, caballero de la Orden de Alcántara, vecino y regidor que fué de la ciudad de Soria, señor del Vadillo, y doña Teresa de Aguirre y Alava, natural de Vitoria, otorgó en 8 de marzo de 1725 ante D. Manuel Naranjo, escribano de número, escritura de fundación del Patronato Real de Legos, a honra y gloria de Dios Nuestro Señor y de María Santísima, con el título de Nuestra Señora del Puerto, a cuyo fin hizo edificar la ermita y casa extramuros de la villa, en las inmediaciones del río Manzanares y del puente de Segovia, en tierra y sitio real que estaba dentro del Parque de Palacio.

Determinóse el piadoso marqués a verificar tal fundación, según confesión propia, porque no teniendo mas que un hijo, y ese sin sucesión, consideraba que no le eran menester todas las rentas que había de heredar, quedándole, desde luego, lo suficiente para vivir con la decencia correspondiente a su lustre y calidad; conque no haría mengua notable en su caudal la edificación y mantenimiento de esa ermita, donde se pagaban dos capellanes y un sacristán, eacordote también, para contribuir con sus sufragios a la liberación de las ánimas del Purgatorio. El buen Salcedo yace enterrado en la iglesia que fundó, y, en verdad, pocos enterramientos más poéticos y apacibles habrá en Madrid que aquel que su piedad hubo de deparar al antiguo corregidor.

La virgen de septiembre tiene en todos los pueblos una celebración especial, alegre y solemne, y una significación verdaderamente pagana. Su fecha simboliza el fin y coronamiento de las labores agrícolas del verano, el término de la recolección y la subsistencia asegurada para el invierno. Así, a la virgen del 8 de septiembre se la adorna con espigas que se guardaron del estío y con los más opulentos racimos de la vendimia. Bájase la de su ermita al pueblo, y es motivo de nueva fiesta, luego la restitución de la imagen a su residencia campesina. Leopoldo Robert ha pintado estas fiestas en la campaña de Nápoles, y, salvo ligeras diferencias de indumentaria en los personajes, pueden pasar por copia fiel de esos mismos regocijos en distintas regiones españolas.

Aquí en Madrid, aunque no somos campesinos, celébrase el día de la virgen septembrina, a la cual, con cierta irreverencia cariñosa, suele llamarse «La Melonera». Improvisase en su honor un templo al aire libre, en pleno cerrillo de las Ventillas; sus naves fórmanse con pilas de melones y sandías, y hasta que las ferias se instalan en Atocha y hacen cambiar el amor a las sandías y melones por la afición a las acerolas y a las nueces dura el culto melonero en su espléndida basilica.

Pedro DE REPIDE

MEMLING EN BRUJAS

LA CIUDAD MUERTA Y SU PINTOR

DECIDIDAMENTE, el encanto de Brujas no proviene de sus canales ni de sus cisnes, ni de los conciertos de sus *carillons*; no proviene siquiera, para nosotros españoles, de esos recuerdos de pompas pasadas que se alzan a cada paso detrás de cada esquina de los muelles y en cada rincón de la catedral: «Aquí yace el muy noble señor...»; ni proviene tampoco ese encanto de aquel «Brujas, puerta de Oriente», llegado hasta hoy con los nombres de algunas casas: «Casa de los embajadores de Venecia... Casa-hospedería de los mercaderes turcos...»; ni proviene—aunque a primera vista, a primera sensación pueda parecerlo—del silencio, del sabor único en el mundo—silencio *beguino*, irradiación del beguinaje, podríamos decir—de la ciudad. No; el encanto de Brujas proviene entero de Memling, y la gloria de Memling es la que se cierne perenne sobre los encajes de piedra de la gran plaza, «la place du Beffroi», y los conserva en el espíritu que, fuera del tiempo, quisieron infundirles los siglos.

De aquella larga y vigorosa escuela de los pintores flamencos, Memling es hoy el único de acuerdo con nuestra Brujas, con *Brujas la muerta*. ¿Quién puede pensar hoy en que Brujas tuvo vida un día?

más comercio que el de unos encajes hechos, sin precio posible, a fuerza de paciencia y de soledad? Eso, y la pintura radiante de un Juan Van Eyck, el pintor de Brujas, no puede evocarnos hoy nada en Brujas; el pintor de Brujas para nosotros es Memling, que recogió en su alma la muerte de Brujas cuando Brujas no había acabado de morir todavía.

El Hospital de San Juan. Tras una puerta de fortaleza, alrededor de varios

los, por los regentes del Hospital de San Juan y hechas por Memling, piadosamente, para gloria perenne de Brujas y de su Hospital. «Los esponsales místicos de Santa Catalina con el niño Jesús», frente a la entrada, es la obra de mayores dimensiones; en cierto modo, la que preside el concilio secreto, callado, de palabras que sólo son evocaciones.

Hay una visión, agrandada en un sueño de maravilla, de una hoja devotamente iluminada de un «Libro de horas»,

chacha, por cierto poco agraciada (¡qué diferencia con su madre, la planturosa Bárbara!), toma el nombre bíblico de *Sibilla Sambetha*. Y esta Sibilla convencional, con su misticismo algo enfermizo, su pecho estrecho, su cofia monjil y su rostro sin sonrisa—casi diríamos sin mirada—, dice bien, tras la efígie de su madre, la agonía de Brujas, de la ciudad consumida, más que por su muerte, por su resignación a no vivir.

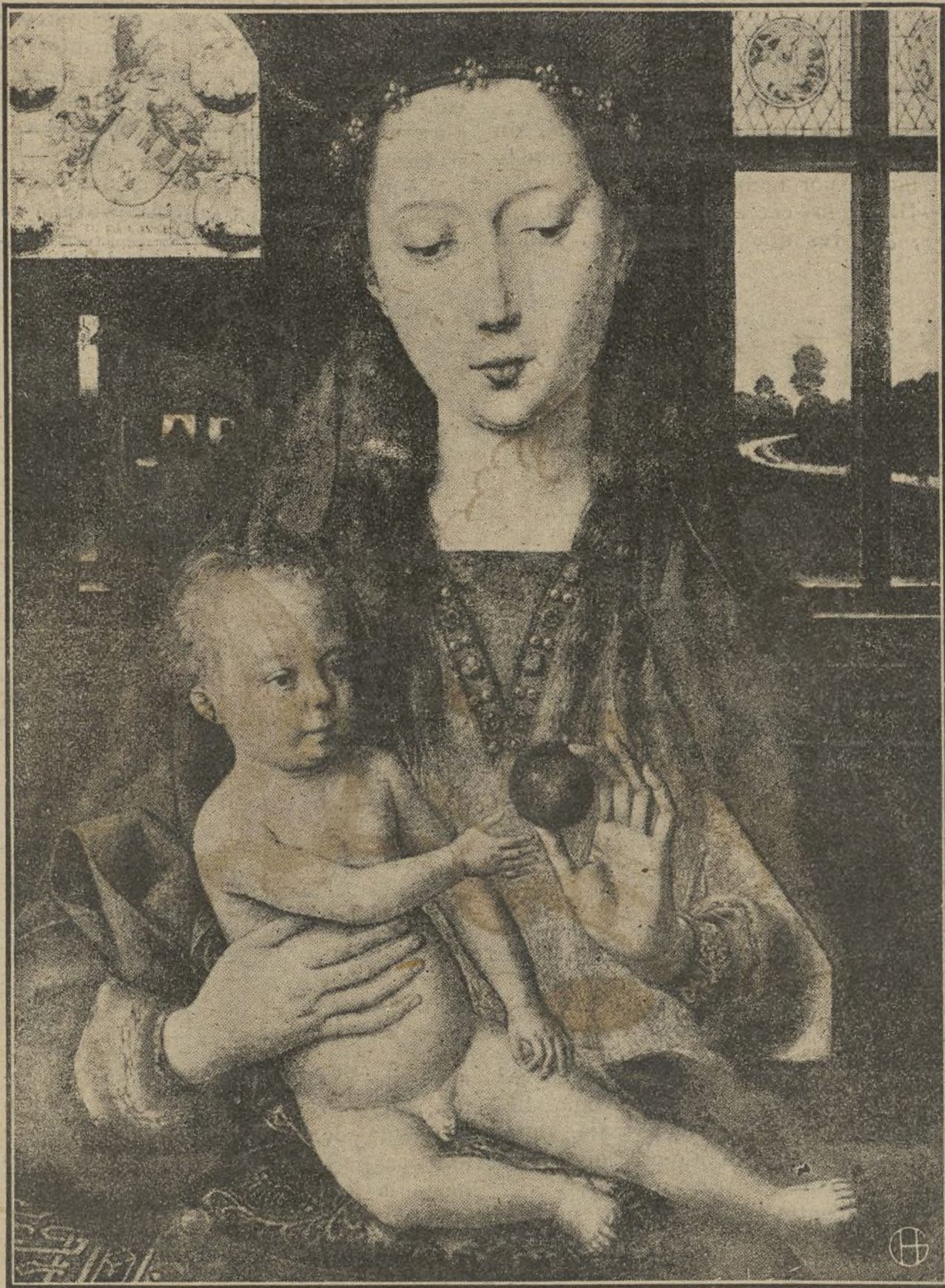
El tríptico de *La adoración de los Reyes* es un cántico de Pascuas, una alegría ingenua de asueto en el convento, y de campanas, de campanitas repicando; y el tríptico del *Descendimiento* está bañado con lágrimas de emoción, ¡cuán distintas de los sollozos desgarrados de Van der Weyden!

Pero ¿cómo iba a desgarrarse el dulce Memling que oía los *alleluias* de las monjitas del Hospital junto a todas las imaginaciones de la Pasión? La *Urna de Santa Ursula*, que es la obra corazón de su vida y de esta sala, la obra corazón de Brujas, ¿no se resume acaso toda en su Virgen, enseñando, por medio de una fruta ofrecida al Niño, la virtud de las religiosas del Hospital? Y ¡qué bien estas religiosas—símbolo espiritual de toda la ciudad—, arrodilladas en su manto blanco, entienden la lección! Vida que se repliega cada día más; silen-



Santa Úrsula protegiendo a las virgenes.

fiestas, músicas y alegría de tonos en estas calles por donde no pueden pasar razonablemente mas que sombras de mujeres con mantos enlutados? ¿Triunfos de guerreros, cortejos de gobernadores por estos muelles cuyos únicos habitantes naturales han de ser los cisnes, los cisnes, símbolo de orgullo y de silencio eterno? ¿Algarabía de tráfico y de negocios por estas plazas que no conocen



La Virgen de la manzana, cuadro de Memling en el Hospital de San Juan.

patios desiguales, varios edificios también asimétricos. Los patios tienen guijeros y yerbas, que brillan porque llovió hace poco, y en las rinconadas, plantados como árboles trágicamente torcidos, unos calvarios de formas estiradas y policromía descolorida. Los edificios son altos, puntiagudos, con cristales verdosos, tras los cuales se transparentan blancuras de muselinas y de cofias. En el más pequeño, el que a medias se oculta en la rinconada de la izquierda, está el museo. Pero apresurémonos a no confundir los términos: aquí la palabra museo tiene un sentido especial, distante, opuesto mejor dicho, a su acepción vulgar de exhibición premeditada. A esta sala se le llama «Museo», porque de algún modo hay que calificar su finalidad de guardiana de un tesoro; pero en realidad, es la sala en que están, hoy como en el día que para ella las pintó, las obras encargadas a Memling, para gloria de Dios, de su Madre y de sus San-

que lee, a la derecha del Niño Divino, esa Santa, burguesita de Brujas; mujer de un rico comerciante, sin duda, como lo prueban las pedrerías que sujetan su peinado y lo tiran hacia atrás, haciéndole así una carita muy dulce y muy particular de japonesita rubia. (Pero la figura más deliciosa del tríptico es, indudablemente, la de esa Salomé con el gestecito un poquitín adusto con que recibe, como un deber ingrato para su rigidez burguesa, la cabeza recién cortada—el cuello aún chorrea—del Bautista.)

Está también la «Virgen de la manzana», representación del pudor y de la timidez, símbolo viviente de encarnación incólume, con su complemento del *panneau* del donante, ese Martín van Nie-menhoven Rau, devotamente orante y extasiado; otro retrato, el de la hija de aquellos Guillermo y Bárbara Moreel que dicen la eterna plegaria de sus manos juntas en el museo de Bruselas; pero para el Hospital, este retrato de mu-



La Virgen y el niño Jesús entre dos religiosas.

cio, gestos tranquilos, amor infinito a lo muy pequeño, a lo casi impalpable, y una certidumbre muy grande, muy fuerte, que lo cubre todo con la alegría de sus iluminaciones de misal; he aquí la obra de Memling en Brujas; he aquí Brujas que guarda, bajo sus hábitos de oscura estameña, el relicario radiante de su excelso pintor.

Margarita NELKEN

LA HONDA MÁGICA

- CUENTO INFANTIL -

HUBO una vez, allá en los tiempos en que andaban las hadas por la tierra, un niño, que se llamaba Enrique, de tan buen corazón, que todo el mundo le quería.

Su madre era muy pobre y no podía comprarle juguetes; pero él se entretenía con cualquier cosa, y, sobre todo, con una honda que se había hecho él mismo, y con la que pasaba el día entero tirando piedras en el campo y afinando cada vez más la puntería. No hubiera cambiado Enrique su honda por el mejor juguete del mundo.

Aquella tarde se había alejado de su casa lo menos media legua, y andaba, como siempre, buscando piedras y tirándolas con la honda, cuando vio que venía por el camino una viejecita, muy vieja, empujando una carretilla.

La carretilla era un mal cajón de madera, con dos ruedas y dos palos atados con cordeles, tan desvencijada y mal sujeta, que, en mitad del camino, hizo «crak» y, chascándose un palo, medio se deshizo toda ella.

—¿Qué va a ser de mí!—gimió la pobre vieja, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Todo lo que tengo en el mundo lo llevo en esta carretilla, y todavía me queda por andar más de una legua!... ¿Cómo me las arreglaré?

A Enrique se le ocurrió en seguida que su honda era bastante larga y tenía cuerda suficiente para componer la carretilla de la anciana. Pero... ¡cualquiera se quedaba sin honda!...

En el hombro derecho se le había sentado una minúscula hada, sin él notarlo, y le decía: «Dale la honda... Tú eres joven, y ella, la pobre, es viejecita.» En el hombro izquierdo se le había sentado una bruja microscópica, y le decía: «Guarda la honda!... ¡Tan bonita! la vas a perder!...»

Enrique, al fin, tuvo tanta lástima de aquella pobre vieja, que, sin pensarlo más, ni hacer caso de los consejos de la bruja, deshizo la honda y ató el cajón por todas partes con la cuerda, dejando la carretilla fuerte y bien armada, como no lo había estado nunca.

La mujer le besó las manos y le dijo: «Soy pobre y no puedo pagarte con nada; pero yo te aseguro que algún día encontrarás el premio que mereces.»

Y volviendo a empujar la carretilla desapareció por el camino, separándose de Enriquillo, que volvió a su casa con las manos vacías, pero contento, sin embargo, porque siempre que echaba de menos su honda se acordaba de la vieja, y todo lo daba por bien empleado.

Al llegar a su casa, vio que estaba hablando con su madre, a la puerta de la calle, una dama hermosísima y vestida con una túnica de oro. Era el hada buena, que, creciendo y tomando las proporciones de una hermosísima doncella, había ido volando para contar a la madre lo que Enrique acababa de hacer, y le estaba esperando porque quería darle un premio.

Cuando Enrique llegó, dió el hada tres golpes en el suelo con la varita mágica, y aparecieron inmediatamente tres regalos. El primero era un birrete de doctor, de raso y oro; el segundo era un cinturón de tisú de plata y pedrería; el

tercero, una honda igual, igual, ni mejor ni peor, que la que Enrique acababa de deshacer para auxiliar a la vieja.

—Tienes que escoger una de estas tres cosas—dijo el hada—. Si escoges el birrete, serás sabio; sabrás mucho y siempre te rodearán los personajes más ilustres. Si escoges el cinturón, harás fortuna en los negocios y te seguirá toda la gente de dinero. Si escoges la honda, vivirás siempre... como ahora.

—Venga la honda—dijo Enrique, sin titubear un momento—. Yo no cambio mi honda por nada.

—Hijo mío—exclamó su madre al oírle—, ¿no ves que si escoges la honda

pre se le vea en las tareas de la granja, sano y feliz, contento de poder trabajar y contento de ver que su madre acababa sus días sin apuros, y que todos los necesitados de la comarca vivían felices por su causa.

De pronto, un día amenazó al pueblo una desgracia aterradora: un dragón feroz, que ya se había presentado en otros pueblos devastándolo todo, se acercaba ahora al pueblo aquel. Si no conseguían matarlo perecerían todos, y el que se pudiera escapar quedaría en la miseria.

El pueblo, en su apuro, acudió, pidiendo auxilio, a los hombres más grandes del país. Primero fueron a buscar a Juanito, el sabio, porque él sabía de seguro como se mataba a los dragones. Pero Juanito no sabía de aquello una palabra, porque nunca se habían visto dragones semejantes y no había podido estudiar aquel caso. «Lo más que puedo hacer—dijo Juanito, que era un hombre de muy buena intención y amigo de servir cuando podía—es acercarme al dragón para estudiarlo, cuando duerma, y ver si descubro por donde se le mata.»

Y aquella misma noche fué Juanito, el sabio, a la cueva del dragón, provisto de un telescopio, un cuaderno de apuntacio-

puso su máquina en el campo; empalmó la goma de la perita de la máquina hasta hacerla de medio kilómetro de larga para poder maniobrar lejos de la fiera; y el sabio, acurrucado detrás de un árbol, y telescopio en ristre, se preparó a observar.

Y observó, en efecto, que el dragón, en cuanto se inflamó el magnesio, dió un soplo, y sabio, máquina, fotógrafo, telescopio y diccionarios; fueron rodando por el suelo, o volando por los aires, y dando volteretas, lo menos tres kilómetros.

Acudieron luego a Eduardo, el millonario, en vista de que el sabio no les había servido para nada; pero ésta les sirvió todavía menos. «¿Yo que voy a hacer, pobre de mí? ¿Yo quién soy? A mí en sacándome de negociar y de ganar millones, no sirvo para nada, ni sé nada... Ofrecedle dinero, si queréis, a ver qué dice...»

Y le echaron monedas al dragón, como si estuvieran jugando a la rana; pero el dragón se las tragaba, lo mismo que si fueran pastillas, y, ni se marchaba, ni dejaba de lanzar humo por la nariz, ni lumbré por los ojos, ni rugidos horribles por la boca.

—Hay que ir y matarle—decían a Eduardo los del pueblo—. Todo lo que no sea eso, es tontería.

—Pues entonces—contestaba Eduardo, el poderoso—, buscad otro, porque yo para eso no sirvo. ¡Cualquiera se mete con el dragón para que me pase lo mismo que a Juanito y salga rodando por los suelos!

Y Eduardo se quedó en su casa, lleno de miedo y tembloroso, porque se veía muerto o arruinado.

Entonces acudieron a Enrique, y Enrique, echándose a reír, dijo: «Allá voy... Poca cosa soy y poco valgo; pero ¡vamos allá! ¡Se hará lo que se pueda!»

Tal y como estaba en la granja, sin armas, chascando su honda, como siempre, salió, ligero, al campo.

Para su capote pensaba: «La cosa no tiene vuelta de hoja: por fiero que sea el dragón, si le vacio un ojo de un canto, el dragón no me podrá ver por aquel lado; y si le vacio el otro lo mismo, no me podrá ver por ninguno...»

En el camino oyó una voz que le decía, en secreto, al oído: «El dragón tiene una mancha roja en medio de la frente; si aciertas a darle el golpe allí, morirá en el acto.» Era la voz del hada buena que siempre le había aconsejado.

Enrique entonces se puso muy alegre, porque no había puntería difícil para él cuando se trataba de dar en el blanco con su honda.

Y así fué: cuando le vió el dragón no se movió siquiera, riéndose de aquel infeliz que quería matar a un monstruo gigantesco a pedradas; pero Enrique afirmó en la honda una piedra, boleó el brazo, y la piedra, silbando en el aire, fué a partir la frente del dragón, que quedó muerto como por un rayo.

Así salvó a todos Enrique; todos vivieron felices, gracias a él, y él más feliz que todos.

EL ABUELO



nes, un reflector, una máquina fotográfica, un aparato de magnesio y cinco o seis tomos de un diccionario especial que hablaba de todos los dragones conocidos hasta la fecha.

La resolución del problema consistía en que el dragón se dejase sacar un retrato, sin zamparse entero al fotógrafo, y, una vez conseguido esto, buscar en los diccionarios a qué especie pertenecía el dragón, a fin de estudiar luego la especie de muerte que a la especie de aquel dragón correspondía.

Y empezaron muy bien. El fotógrafo

siempre serás tan pobre como ahora? —Y siempre estaré contento, como ahora—replicó el hijo con presteza—. Déjame la honda, madre. Con lo que tenemos hoy, basta y sobra.

El hada entregó la honda al muchacho, y regaló el birrete y el cinturón a otros dos mozos del pueblo, de la misma edad que Enrique: a Juanito, el hijo del sacristán, y a Eduardo, el hijo del molinero.

Pasó el tiempo. El hijo del molinero abrió una panadería, y con lo que ganó compró tierras, y con lo que ganó compró barcos, y con los barcos trajo trigo, y con el trigo que vendió se hizo el negociante más rico del contorno.

El sobrino del sacristán, Juanito, aprendió latín con el señor cura, y, como lo aprendió en seguida, le dedicaron a estudiar, y fué maestro y luego doctor, y fundó muchas escuelas, y las gentes venían de los pueblos para que las enseñara.

También prosperó Enrique. Fué pastor, y su amo, al morir, le dejó un pedazo tierra, y tuvo dos robustos bueyes y labró, y con las ganancias compró prados y llegó a ser dueño de una granja que cada vez iba a mejor.

Enrique, sin embargo, a pesar de todo, era pobre; cuanto ganaba lo repartía entre unos y otros. Nunca tenía nada; pero siempre estaba cantando y siem-





Es por la tarde, al sol poniente, en una gran ciudad, con toda la barranda de todas las grandes ciudades. En sus afueras hay una extensa planicie, tapizada de hierba corta y jugosa. Sobre esta verde alfombra se han instalado unas toscas barracas y unos alegres puestos de baratijas, ante cuyos carteles, de chillones colores, se estaciona una multitud bullanguera y heterogénea.

Son días feriados, y el pueblo se divierte.

Entre todas las barracas se destaca una muy grande, muy absurda, muy detonante. En lo alto de un tablado, un orador, vestido de arlequín, se desgañita, procurando dominar el infernal estruendo de la pradera.

¡Pom, pom, pom! ¡Chin!

Golpe de bombo y de platillos.

Y grita el orador:

—¡Pasen, señores, pasen!... Verán cómo en este pequeño mundo los animales de todas las castas viven dichosos, mansos, obedientes, fraternales y sanos, gracias al maravilloso método del eminente profesor Hekelman, que, en su triunfal carrera, ha tenido el alto honor de ser recibido, y felicitado, y condecorado por la mayor parte de los soberanos de las grandes potencias de Europa, Asia y América!... ¡Pasen, señores, pasen!...

¡Pom, pom, pom! ¡Chin!

Golpe de bombo y de platillos.

—¡Pasen, señores, y verán cómo conviven amistosamente la medrosa rata con el gato fraidor; el tímido conejo con el perro de caza; el melodioso canario con el linco indomable; el majestuoso y selvático león con el propio profesor Hekelman: todos los animales, señores, en increíble y sorprendente familiaridad, que ha de conmover al más duro de sentimientos!... ¡Pasen, pasen!...

Y el ciudadano Godofredo, hombre sencillo, de bondadoso corazón, que contempla embobado el tinglado de la barraca y escucha con deleite el discurso del charlatán, se abre paso a fuerza de excusas entre la abigarrada muchedumbre, sube una escalera y entrega una moneda de plata.

El arlequín le devuelve unos cuartos y le franquea la entrada, cubierta con una cortina de cretona.

—¡Adelante, caballero!—invita con voces que aturden y azoran al tímido individuo, no acostumbrado a semejante tratamiento.

Y el buen hombre, con sus noventa kilos, sudoroso, arrebolado, penetra en el interior del recinto de tabloncillos, donde se estrujan los espectadores ante una valla de madera que divide el barracón.

Suena una campanilla con alegre tintineo y comienza el espectáculo, esperando con ansiedad por Godofredo y las gentes que, como él, creen todavía en las maravillas de las ferias, y aguardado entre burllas por una minoría alegre y escéptica.

El profesor Hekelman hace su solemne aparición sobre un tablado. Ostenta unos fieros y largos bigotes y unas formidables polainas. En su imponente at-

vío bélico se destaca buen golpe de medallas y cruces, cuyo mérito, desconocido de la concurrencia, pretende acreditar los no menos ignorados triunfos del sorprendente profesor. Este se yergue altivo, pasea una mirada llena de centelleos sobre la gente, mientras algunos reclaman silencio, y, al fin, habla:

—Respetable público: Voy a tener el honor de presentar ante esta ilustrada y distinguida reunión varias demostraciones de los resultados que he conseguido con mis procedimientos, jamás empleados por ningún ser viviente, para domesticar y educar a los irracionales y disponer a mi antojo de muy variados y muy opuestos y muy incompatibles ejemplos del dilatado mundo animal...

Acto seguido, el profesor Hekelman deposita una caja sobre una mesa que previamente puso en el tablado una mujer escuálida, vestida de odalisca, y levantada la trampita que cierra la caja, aparece un conejo, blanco como la nieve. A continuación, la mujer flaca y policroma surge de nuevo, conduciendo un podenco. Danle suelta, pronuncia el profesor unas palabras ininteligibles, y el perro pone las patas en la mesa, ol-

fatea al conejo y le lame con cariño. Estallan los aplausos.

Godofredo, en el colmo del entusiasmo, bate palmas hasta destrozarse las manos. No podía él soñar un espectáculo más conmovedor. Se halla en aquel barracón, incómodo y destartado, como el pez en el agua. Para él, hombre blando y calladito, hecho al silencio de su modesto comercio de cereales y legumbres, sin más compañía que un chico y un gato; para él, que huye de la sociedad, y muy especialmente de las mujeres, por miedo insuperable a su propia timidez, y que sólo admite como buenos y tratables a los animales domésticos, sea cual fuere su casta y condición, no podría presentarse un cuadro de mayores atractivos.

Así, pues, aunque el programa no llega, ni con mucho, a cumplirse en la forma y extensión que pregona el arlequín de la puerta, puesto que no hay ñnces, ni ratas, ni pájaros, ni gatos, y sólo se presentan otros dos canes típicos, adiestrados en ejercicios de acrobatismo rudimentario, nuestro excelente tendero se da por más que satisfecho, a pesar de las protestas de cierto grupo levantisco de mocetones.

Y burla burlando llega el momento sensacional del espectáculo.

Abrese otra cortina al fondo del tablado y aparece un gran jaulón de hierro con dos leones héticos. El profesor Hekelman empuña valerosamente un revólver y penetra en el interior. Pasa un minuto de expectación y silencio. El domador grita y azuza a las fieras con el chasquido de un látigo. Las pobres bestias se alzan renqueando entre rugidos de hambre, de lacerias y de perpetua calentura. Saltan, como inválidos; se refugian en un rincón, llevando en los ojos la expresión lastimosa de infinitas fatigas. Parecen implorar dulcemente, noblemente un poco de misericordia... Y el domador se estira, se hincha, se engalla con talante de triunfador heroico ante aquellos despojos del desierto, sin fuerza y casi sin vida...

El buen Godofredo comienza a sufrir. No puede ver en calma el martirio de los animales. Se agita, nervioso, en medio de las gentes apretujadas. Y cuando el profesor Hekelman, furioso porque las famélicas fieras no le obedecen, las pincha, cruel, con un agudo chuzo, pierde súbitamente toda su timidez de hombre sencillo y bueno, y exclama ester-

tóreo: —¡Bárbaro, salvaje!... ¡Eso es una crueldad!

Al punto se produce un gran revuelo. Todas las miradas se vuelven hacia él. Rojo y cubierto de sudor, el domador pierde su aplomo. Se apoya en los barrotes de la jaula, y, sin que nadie se explique el suceso, cede la puerta y el profesor Hekelman cae de espaldas, con gran estrépito, sobre el tablado. Los leones avanzan, arrastrándose, y quedan en libertad... Sólo parecen buscar, acobardados, algún resquicio por donde huir de los hombres...

Pero la multitud es todavía más cobarde que las medrosas fieras moribundas, y el pánico se apodera de todos, los domina, y todos se atropellan, se pisotean, se empujan y se hieren por ganar la salida...

Y el único que no siente el vértigo del miedo es Godofredo, el tímido comerciante de cereales, que con una energía que nadie hubiera sospechado se abre camino a fuerza de recios empujones para llegar adonde está el domador y auxiliarle y sojuzgar a los reyes del desierto, que apenas si se mueven, doloridos, entumecidos, temblorosos...

Y cuando Godofredo gana, al fin, el tablado y consigue subir, y principia a espantar con gritos y ademanes a los leones para reintegrarlos a su encierro, ocurre algo terrible.

Varios espectadores, poseídos del terror, con imprudencia loca, disparan sus armas de fuego contra las fieras.

Y Godofredo cae... Tiene la cabeza partida de un balazo. La vida se le escapa a chorreones de sangre... Pero aun se arrastra, agónico, hacia los leones, también heridos...

Y el dolor y la muerte los juntan como hermanos, según diría San Francisco de Asís.

Alfonso G. DEL BUSTO

Dibujos de Ochoa.



BIARRITZ CANTA

Tristes víctimas propiciatorias

Como una caracola que enviase sus ecos al mar azul, que casi lo circunda, Biarritz canta a todas horas y por cada una de sus bocas.

En las terrazas de los cafés, en los vestíbulos de los hoteles, procurando colocarse lo más cerca posible del comedor, hay siempre una señorita—a veces entrada en años—o un caballero—este decididamente anciano—que ameniza las comidas o el refresco de la parroquia con lo más escogido de su repertorio.

El acompañamiento lo hace un sexteto, un arpa, un violín o simplemente una guitarra; pero el acompañamiento es lo de menos; lo importante es el cantor, barítono casi siempre, con esa abundancia de voces de barítono que hay entre los franceses; unas voces llenas, sinceras, como de personas que por lo general comen bien y que, aun después de cascadas y agrietadas por el alcohol y el tabaco, siguen conservando el matiz. Otras veces la que canta es una dama, y esas voces ya no me atrevería yo a definir las; son algo así como el chirrido de una puerta combinado con la bocina de un automóvil. Hay gentes que al oír las se apartan a un lado, huyendo del atropello.

Pero con buena o mala voz, todos cantan, y a las horas de las comidas forma Biarritz como un orfeón que vertiera sus notas en el mar. A mí los que más me entusiasman son los que pudiéramos llamar cantores trashumantes, no los que están adscritos a un establecimiento determinado, de plantilla en él, como si dijéramos, sino los errantes, que, con el compañero arpista, violinista o guitarrero, se echan a andar cada día sin rumbo, y a la hora del almuerzo se posan en la terraza de este hotel, a la hora del *five o'clock* se dejan caer en la *patisserie* de enfrente y acaban la jornada en el vestíbulo de aquel otro restaurante.

Su repertorio—¿habrá que decirlo?—es casi siempre sentimental: la *Serenata* de Toselli, el *Torna a Sorrento*, el *O Mari* y alguna otra cosa por el estilo, dando siempre preferencia a lo napolitano.

Eso está bien; porque mientras uno se atiborra de huevos pochés o de turnados a lo Murat, no está de más que, como contraste, y casi diríamos como expiación, se preocupe y llene el alma de esas cosas de amores tristes, de balcones solitarios, de mares azules alumbrados por la luna, de lloriqueos a orillas de un lago o de cualquier otro sitio húmedo...

Mi simpatía es tanta por estos cantores, en los que veo casi siempre un Batistini fracasado, que hoy, no pudiendo resistir la curiosidad, he entrevistado a uno de ellos. Es un hombre de unos cincuenta años, alto, demacrado, muy moreno y con unos ojos casi fuera de las órbitas. Le he cazado en el vestíbulo del hotel cuando—como si hubiera comido un plato de fideos—se limpiaba el bigote, después de haber cantado el *Marchiare*.

—¿Y cómo usted con esa voz—le he dicho sinceramente—no se ha dedicado al teatro?

—Soy barítono de la Ópera de Limoges, señor—me ha dicho con cierto orgullo—, y primer premio de canto del Conservatorio de Arcachón.

—¡Ah!

—Pero las circunstancias... y luego la guerra...

Debe notarme en la cara mi incom-

presión acerca de lo que haya podido influir la guerra en ciertos trémolos y rozaduras de su realmente hermosa voz, porque me aclara:

—La compañía de mi teatro se deshiizo con la primera movilización, y yo me quedé en la calle. Estos años pasados el público no estaba para músicas...

—¡Ya! ¡Ya!... ¿Y se gana mucho?

—Se gana, sí; el público es muy bueno; pero se sufre mucho.

—Sí, claro; eso de tener que cantar al aire libre o en atmósferas impregnadas de tabaco...

—No, no; eso es lo de menos. Es que, ya ve usted: trabajar mientras a dos pasos de usted la gente come y se atraca de lo lindo es muy desagradable; y luego que, de ver tantas salsas, tantas co-

midas distintas; de mezclar con la vista, tantas cocinas diferentes, el estómago se estraga, y ocurre que cuando volvemos a casa por la noche hemos ganado para comer... pero no comemos.

—Lo creo.

—Yo estoy a leche desde que empezó la *saison*. Y ya he propuesto al compañero que el verano próximo ejerzamos nuestro arte en Vichy.

—¿Se gana más?

—No; pero hace uno su cura de aguas. Son las víctimas propiciatorias de esta alegre cantar de Biarritz, que parece el himno de toda la villa. Por si era poco, mañana empieza la temporada de ópera; para mí—no sé lo que les ocurrirá a los demás—, este supremo atractivo está amargado por una duda.

—¡Dios mío!—me digo oyendo el *Sanson*, por ejemplo—. ¿Si a este israelita de notas tan agudas y brillantes tendré yo que darle algún día a la salida de un comedor un franco para que compre leche?

Joaquín BELDA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Prosas, versos; versos, prosas...

RECIBO del novelista valenciano B. Morales San Martín dos novelas: la una, *El ocaso del hombre*, continúa la tendencia simbolista que inició el autor en *Eva inmortal*. El Sr. Morales San Martín es un escritor correcto, académico, fácil. Por eso encuentro alguna discordancia entre el tono del estilo, en esa novela, y la naturaleza genésica del asunto, que flota entre nubes de fantasía. ¿Cuál es el tema interior de esa obra simbólica? Es la idea del recomienzo eterno; veo en ella un contragolpe de la desilusión producida por la guerra, en la cual han fracasado tantos generosos idealismos. Leyendo esas páginas, no exentas de nobleza espiritual y odio a la barbarie dorada, es imposible apartar la memoria de lo que podríamos llamar literatura utopista, caricatura épica de la marcha humana; yo he recordado, sobre todo, leyéndolas, por contraste, aquella parodia histórica de France: *L'île des Pingouins*. Pero el señor Morales no ha querido escribir un libro irónico, a la manera del sutil Anatolio, aunque haya querido escribir un libro pesimista. Su utopía es una especie de *fécondité*, o de *travail*, en tono gris.

La otra novela del Sr. Morales es de asunto regional: un drama de ruralidad valenciana, al modo de *La barraca*; pero con indudable personalidad de autor. Se titula *La Rulla*. El peligro de esas novelas campesinas está en que el escenario suele ahogar la acción; los personajes suelen ser la excusa de descripciones copiosas y amplificadas estilizaciones. Parece que la ufanía de la vegetación silvestre se apodera del autor y de sus personajes como una invasión parasitaria, y lo que pudo ser explosión de pasionalidad primitiva y simple se torna apología retórica de un costumbrismo vernacular. No siempre se libró Pereda de ese morbo.

Sería injusto decir que el Sr. Morales San Martín está inficionado por él. Muy al contrario, su libro contiene tipos de verdadera reciedumbre; el tipo central, una mujer, es una figura sugerente, plena de ambigua vitalidad sexual y mística. Es innegable que esa novela de pasionalidad rural tiene potencia trágica; y en el momento del choque supremo, la traición fraterna, casi incestuosa, bate

sus alas negras sobre la acción, como un recuerdo vivo de los Malatesta.

Pero ese autor no pertenece a la escuela valenciana. No tiene aquella sensualidad profusa y epicúrea de la forma, que funde en una sola concepción artística, en un exacerbado plasticismo, a sus tres arquetipos en las diversas artes: Blasco Ibáñez, Sorolla y Benlliure.

Más modestas son las aspiraciones de otro escritor valenciano, Vicente Pla Mompó, en su novela *Por Pascua florida*. Esta pertenece al costumbrismo de la plebe urbana, inseparable del tono de baja comedia o sainete, conforme a la identificación original entre lo plebeyo y lo cómico, ya que únicamente los hembras y las castas superiores son capaces de tragedia. (La tragedia es la lucha entre mortales e inmortales, o, si se quiere, entre la muerte y la inmortalidad.)

Esa novela no carece de gracia narrativa, a veces lindante con lo picaresco; cierto optimismo *bon enfant*, cierta malicia inofensiva, intrascendente, la penetran.

Ahí está otra novela bien distinta, donde el efluvi regional aragonés ha querido encarnar en un tipo de mujer simbólica: *Pilar Abarca, nieta de un Rey*. El autor se ha propuesto iniciar con ella un ciclo que podríamos llamar pirenaico, algo enfáticamente nombrado *Las novelas de la montaña madre*. Es la poetización del ruralismo de Costa, especie de replasmación nacional desde el óvulo originario o paradójica conciliación entre el sentido histórico y el filosófico en el ideal político español. «Política de calzón corto.» Yo creo que en esas apelaciones a los orígenes, a la rudeza del tronco montañés, hay la superstición de un optimismo naturalista, análoga a la que encarnó Rousseau. Me diréis: el obrerismo es otra forma de esa superstición. No. Porque la intensa valoración del obrerismo está en su fuerte contenido de «devenir»; en ser ánfora donde se ha vertido el vino en fermentación de nuevos ideales humanos, producto de aristarquías. En cambio, la ruralidad en las poetizaciones que de ella nos presenta la literatura estimulante del nacionalismo tiene todo su valor en

si propia, como retorno histórico, como vaso sagrado, en el cual sobrevive la tradición exaltada y heroica, acumulada por siglos de fantasía libresca.



Ahora, un pequeño volumen de versos, que esperaba su turno sobre mi escritorio: *Viejos motivos*, del guipuzcoano Manuel Munoa. El título es una confesión modesta; el autor no ha buscado el nuevo estremecimiento; prefiere pulsar las antiguas liras a, añadir las, zurdamente, nuevas cuerdas. Yo no he de ocultarle que a veces le falta el sentido del ritmo, y alguno de sus versos suena como una estridencia, o sufre, para caber en la estrofa, el tormento del lecho de Procusto, o cae en las pobreza del prosaísmo. Voy a citar algunas de esas claudicaciones: así, al hablar de Bizet, salta este alejandrino absurdo:

Vibra en su temperamento el vértigo, el abismo...

Parecido a este otro:

Asociado intensamente al recuerdo de algunas...

Y aun a éste, tan protuberante:

Se unirán estrechamente, de nuevo, en pensamiento...

Comparar el sol canicular con un arco voltaico es imagen deprimente y falsa, que además consueña, internamente, con *prosaico*. También es feo, vulgar y cacofónico este verso:

Se entrega allí al dominical descanso.

Más prosaicos son todavía otros. Por ejemplo, éstos, hablando de la guerra europea:

Acongojaba a veces nuestro pecho...

¡Y ya es un hecho!

Es un hecho; pero es también un ripio y una frase vulgar.

Peor, en fin, es esta imagen ambigua, referente al acorazado:

*Y el hasta ayer panzudo y manso acorazado,
tomando esos gestos,
coloca sus cañones, del 38 (!), enhiestos,
y al enfilar la proa, con rumbo para Europa,
le dice adiós al Asia con la popa...*

También me parece grotesco decir:

El periscopio, turbio por la melancolía...

Y muy prosaico comparar el alma, absorta ante el Mediterráneo, con

*... un fotógrafo, que ha sorprendido a otro,
que no esperaba tales instantáneas!*

Tanto o más prosaico que esta frase ripiosa:

*Se ha hundido el Lusitania,
y no hay nada que baste (!)
a mitigar la enorme tristeza de Britania.*

Tampoco es lícito confundir el imperativo con el infinitivo, diciendo, repetidamente, *guardaros por guardaos*.

Pero ya pasó el mal rato para el autor. Ahora diré que en ese librito hay también aciertos, deslumbramientos de una sensibilidad fina. Así el soneto *El verso*, el tema inmortal de la noche estrellada, eternamente muda ante nuestra interrogación; alguna imagen feliz:

*Y la lágrima que cae
en silencio sobre el mar...*

El poema al navío, otra renovación de tema viejo (no viejo, eterno; no con la eternidad vieja de Cronos, sino con la eternidad joven de Apolo):

*La nave a cuyo puente
ha bajado el misterio de las constelaciones...*

La alegoría espiritual del Sembrador, que lanza la divina semilla; la visión de la puesta del sol desde el Ulía, más latina que vasca; los bellos octosílabos de las poesías *Eternidad* y *Al oído*; la composición en que el poeta *Canta la Naturaleza*, y las que titula *Penumbra* y *Excelsitud*, que terminan el libro. He aquí bien estimables compensaciones.

Gabriel ALOMAR

DE PRONTO...

En la serenidad de la noche, sobre la amplísima azotea, dialogábamos en voz baja unos amigos. Estábamos casi a oscuras, sin otra luz que la débil irradiación estelar y el mortecino resplandor que arrojaba por la puerta de la terraza—en el extremo más distante—la lámpara del cuarto de Julia, una señorita norteamericana que estaba enferma.

—Creo que viaja sola—dijo uno de nosotros.

—Yo no la conozco.

—Yo la he visto una vez...

—Esta mañana puso unos telegramas urgentes... Tenía miedo de morir en España.

—Pero ¿está grave?

—No lo sé...

El camarero entró con unas botellas de champaña.

Hablando de cosas banales, con ese aturdimiento y versatilidad de la juventud, transcurrían las horas de aquella noche estival. Hasta la terraza llegaba el murmullo de la calle. Debajo de nosotros, bien perceptible desde nuestra atalaya, veíamos flotar un vaho neblinoso y azulino.

—Esto—dijo un contertulio asomado a la balastrada de mármol—, esto me recuerda Montserrat, adonde fui el verano pasado con unos amigos catalanes. Asomados desde el Monasterio, veíamos debajo de nosotros las nubes que, en amenaza de tormenta, se cernían sobre la villa de Monistrol, situada al pie de la montaña. Bajo un cielo sereno, contemplábamos a nuestros pies el espectáculo de la lluvia, como agua arrojada caprichosamente por nosotros mismos sobre los viajeros que allá abajo aguardaban el «cremallera».

—Sería bonito—dijo uno.

—¡Maravilloso!—contestó el narrador. Hacía calor. Desde la balastrada veíamos—adivinábamos, mejor dicho—

el tumulto activo y febril de la calle. Eran las doce. Acaso salían entonces de los cines y de los teatros. Al fondo, en la fachada fronteriza a nuestro hotel, veíanse salones abiertos, iluminados, que parecían escenarios. Oíamos un piano; fragmentos de sonatas: Chopin, Beethoven... Uno pidió más champaña.

—Hace calor—dijimos, evocando *in mente* playas lejanas—San Sebastián, Galicia, Biarritz—y pensando en los preparativos de veraneo.

—¿Salimos?

—No quiero perder los últimos billetes.

—He pensado una combinación maravillosa.

—¿La combinación número...?

—No hablemos de eso, muchachos. ¡El monstruo del juego!

—No hagas frases, querido.

—Propósito de enmienda, de nunca más pecar...—murmuraba Javier cantando con su voz abaritonada.

Silencio. Bostezos.

Las butacas de mimbre crujían bajo el peso de los cuerpos indolentes. Arrastradas por un soplo del Norte las nubes de algodón, quedó al azul purísimo, radioso, con trémulo palpitante de estrellas.

De pronto, en el silencio, nos miramos todos, acometidos de inexplicable sensación de asfixia. Extraño desasosiego, como un viento de maleficio, nos contagia de un vago terror. Nadie habla, nadie comprende; hay en todos los ojos una llamarada de espanto.

Uno dice: ¡Julia!

Vivamente miramos hacia el otro ex-

tremo de la azotea. La puerta abierta arroja hacia afuera la claridad de la lámpara, un resplandor muy perceptible en las tinieblas de la terraza, pero débil, como si saliera de lo más profundo de la alcoba.

—¿Habéis oído?

—Tal vez esté peor.

—Yo no he oído nada...

—Parece que se percibe algo extraño... Llamemos al camarero...

—No. Acerquémonos. Vayamos todos.

Medrosos y pálidos nos hemos puesto en pie. Quedamente, lentamente, llegamos a la puerta. Nadie entra el primero. Breve pausa.

—Acaso esté dormida—dice uno.

—¡Julia!

—¡Julia, Julia!

Silencio. Parece que crujen los muebles. Acaso el viento mueve las cortinas. Julia, sentada en una mecedora frente a la puerta de la terraza, está inmóvil. Parece dormida.

—¿Cómo conocen todos que está muerta? Hace un instante, en alegre camaradería, bebíamos refiriendo anécdotas galantes. Y de pronto, la idea de la muerte, como algo tangible y real, de una realidad escalofriante, pasó. ¿Acaso era el espíritu de Julia?

La muerte tiene también su lenguaje. Demasiado oscuro para nuestro pobre conocimiento, la sensibilidad lo interpreta siempre. Nada revela que allí hay un difunto, y, sin embargo, a pesar de que todo sonríe en torno y ningún indicio, grito ni alarma ha dado la señal de angustia, sentimos que la muerte se nos acerca y pasa.

Roberto MOLINA

LECTURAS

En las ediciones de «Mundo Latino» acaban de aparecer «El niño Ego» y «Hedda Gables», tomo XII de las Obras completas de Ibsen; «El dolor de la literatura» y «El divino amor humano», de Emilio Carrere, y «Literaturas exóticas» y «El despertar del alma», tomos IX y X de las Obras completas de Gómez Carrillo.

«Mundo Latino» también ha publicado recientemente una interesante novela del culto escritor Leopoldo López de Saa, titulada «El amigo del sol».

«Le drame mystérieux de Théâtre de Paris», novela de interés y emoción, original de Jacques-Langlois, es la obra últimamente puesta a la venta por la Casa Plon-Nourrit, de París.

El número del mes de agosto de la revista *Grecia*, la curiosa revista *ultraista*, contiene, entre otros, originales de Valle-Inclán, Gómez de la Serna, Cansinos Assens, Lasso de la Vega, Vando-Villar y Zubillaga.

La biblioteca Plon-Nourrit, de París, ha publicado últimamente *La paz justa, o La verdad sobre el Tratado de Versalles*, por el senador y miembro del Instituto M. Rafael Gorge Leoy.

Con el título de *Un teatro en formación* se ha publicado en Buenos Aires una recopilación de las críticas de D. Juan Pablo Echagüe (*Jean Paul*), dedicadas a la evolución del teatro argentino entre los años 1914-1918, y que reflejan exactamente el notable desarrollo del arte teatral criollo en estos últimos tiempos.



AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

≡ BÓVEDA (LUGO) ≡

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA Y MÉXICO

III

Don Manuel de la Sierra, rico hacendado español de Teziutlan (Estado de Puebla), informa a España de lo que debe hacerse para estrechar nuestras relaciones con la América latina.

Es tan interesante esta encuesta que vienen ustedes realizando—nos ha dicho D. Manuel de la Sierra—, que yo, enemigo de toda exhibición, no puedo por menos—sin faltar a un principio de gratitud con el Estado mexicano—que acceder a su ruego. Con ello creo prestar un servicio a España y a mi segunda patria, que es México.

Allí me casé; de allí es mi mujer; de allí son mis hijos; allí, por el esfuerzo y el trabajo, alcancé un nombre y labré mi fortuna.

Y aunque no sea mas que por esto, sin otra mira espiritual más elevada, he sido y sigo siendo el primer colaborador en cuantas empresas se han emprendido por estrechar los lazos de unión de España y México.

La idea es altamente hermosa. Es más, la creo necesaria. Quien la lleve a cabo realizará seguramente el más grande objetivo de su vida.

No conocen en España a nuestros hermanos de la América latina. Ni conocen tampoco el emporio de riqueza que aquellos Estados atesoran.

Los mexicanos nos quieren. Son buenos, inteligentes, patriotas, trabajadores.

Desean, como nosotros, el desarrollo de su país, su prosperidad, su engrandecimiento.

Y esto es humano.

A esta compenetración espiritual que señalo contribuyó no poco la labor españolista, de estricta justicia, que emprendió, rectificando los textos de la Historia de México, el entonces ministro de Instrucción pública D. Félix J. Palavichini.

Ingeniero ilustrado, político notable y hombre honrado, que en todo momento antepuso a sus intereses el bienestar de México.

—¿...?

—Exacto. Llevo cuatro años en España para que mi hijo Manuel, que posee la contabilidad y tres idiomas, completara su educación y conociera de paso, como una necesidad de su gusto espiritual, las bellezas que atesora la tierra donde su padre vió su luz primera.

—¿...?

—Me dedico a la agricultura, al ganado y a la siembra del tabaco.

—¿...?

—La finca la tengo en Cantón de Pantla (Estado de Veracruz).

Mas no hablemos de esto—dice afable y sonriente—; pues además de no interesar a nadie, a mí no me beneficia, y lastima mi modestia. ¡Yo se lo ruego...!

Yo le informaré a usted de todo cuanto sea necesario para estrechar nuestras relaciones con aquellos Estados; le señalaré los grandes negocios

que hay sin explotar, y que podían aprovechar los capitalistas españoles con grandes garantías y seguridades de éxito. Pero nada que de mí se relacione.

Reflexiono un momento.

—¿...?

—Indiscutiblemente. Los capitalistas españoles que tienen depositados sus fondos en los Bancos, o se lanzan a la empresa de comprar marcos, francos o libras, debían visitar México, bien en comisión oficial o como simples particulares. Estudiar sobre el terreno los negocios que podrían desarrollar, contribuyendo así a estrechar nuestras relaciones con los mexicanos y contrarrestando la labor que, con la implantación de industrias, realizan los extranjeros.

Y lo mismo debían hacer los intelectuales mexicanos y sus hombres de negocios: venir a España y estudiar las fases todas de la vida nacional.

Aunque, a decir verdad, en esto se han adelantado a los españoles, pues el nuevo Gobierno ha enviado a Europa con tal fin, y para señalar la forma de restablecer la normalidad en aquellos Estados, a un emisario tan prestigioso como el insigne periodista e ingeniero D. Félix F. Palavichini.

—¿...?

—Exacto. Esta es la ocasión de las grandes inversiones en aquel soñado país, para el capital español, con garantías y seguridades como no pueda ofrecer otra nación.

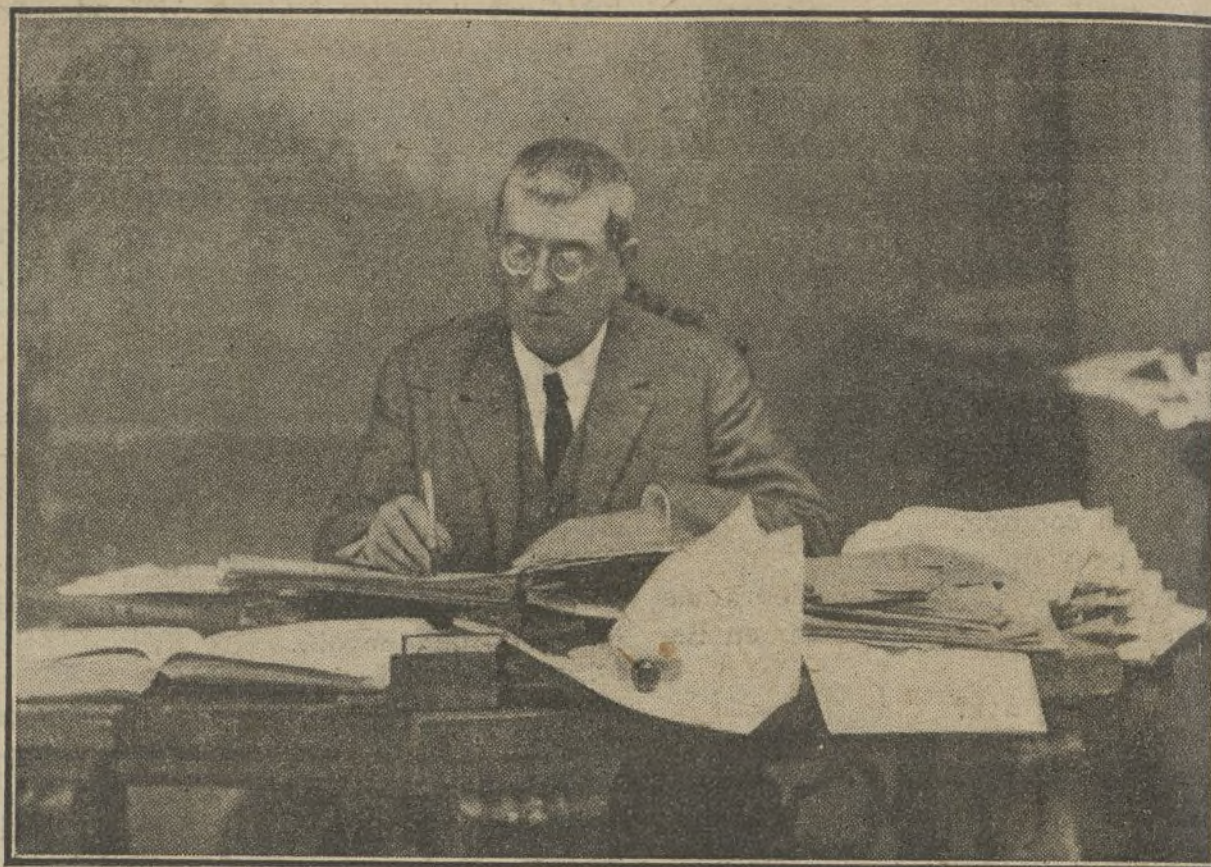
Montar allí sucursales los Bancos españoles, para promover el desarrollo de la agricultura, industria y comercio, sería motivo de grandes negocios y de acercamiento.

Lo que ocurre es que hay desconfianza. Y ésta no debe existir ni un solo momento.

De las garantías que tiene el capital en México, baste señalar que los Gobiernos de la Revolución han dado a los españoles las mismas, o más, que a los nacionales. Es decir, han dado lo que humanamente podían dar.

Pero los hombres de dinero en España son incorregibles.

El ejemplo lo tiene usted en los momentos de la gran tragedia europea. Todas las naciones se desangraban. España, neutral, libre de todo rozamiento, no aprovechó aquellos momentos para, con las primeras materias que posee, montar grandes industrias que la librasen mañana de se-



D. Manuel de la Sierra despachando su correspondencia de México.

guir siendo tributaria de otros países en aquello que ella podría estar produciendo. Y ahora es tarde.

Pues lo mismo Norteamérica que Inglaterra, que Italia, que Francia, que Alemania, empiezan a trabajar, invadiendo todos los mercados.

—¿...?

—El comercio mexicano y el español que desarrollan allí sus energías son de una honradez intachable.

La gente de mala fe no existe. Lo prueba el hecho de que las quiebras comerciales son muy raras.

—¿...?

—El campo de los negocios, en el terreno de la exportación, se extendería mucho más si las Casas españolas presentaran bien sus productos, como hacen las del Extranjero, y dieran aquellas facilidades—siempre con una garantía de información—necesarias en las operaciones mercantiles.

—¿...?

—Es la eterna paradoja. El comercio de los vinos finos lo tiene absorbido Francia. Y, en cambio, los verdaderos cosecheros, mis compatriotas

los españoles, no tienen mercado... ¿A qué es debido esto? ¿A falta de preparación? ¿A desconfianza, quizá? ¡No! A desconocimiento y a falta de espíritu de empresa.

—¿...?

—Inmensa es su riqueza. Entre las materias primas que pueden transformarse figuran las fibras, plantas oleaginosas, maderas finas y de construcción y toda clase de metales, que hoy día se exportan a Inglaterra.

El ganado vacuno, que sin duda alguna puede competir con el de la Argentina, constituye también un campo de riqueza incalculable.

Y no hablemos del pescado, negocio virgen, que está todavía sin explotar. Montar en el Pacífico fábricas de conservas y de aceite de pescado sería una empresa fabulosa.

¡Tal es la cantidad de pescado que hay en aquellas costas!

—¿...?

—México es el país más rico de toda la América.

A sus riquezas mineras, petrolíferas, agrícolas y de ganadería, de todos conocidas, hay que agregar otros filones que aparecen constantemente, y que apenas se explotan, porque los capitales nacionales no alcanzan para su desarrollo, permaneciendo, por tanto, improductivos.

En la agricultura tiene todos los frutos de las zonas tropicales, frías y templadas. Y lo mismo los que se cultivan al nivel del mar que los de la meseta central, a más de 2.000 metros de altura.

En minería, toda la sierra madre que atraviesa el país en toda su longi-

tud de Norte a Sur, y las estribaciones de aquella que se dirigen a ambas costas, no son sino una no interrumpida veta de plata, con altas leyes de oro, plomo, cobre y otros preciosos metales.

—¿...?

—Sí. Es importantísima la industria de hilados y tejidos en todo México. Pero más importante es todavía el detalle que voy a señalar.

Montadas con todos los procedimientos modernos hay unas 150 fábricas. De éstas, más de 100 pertenecen a españoles...

—¿...?

—La gente que allí se necesita para trabajar no es el obrero del campo, ni de talleres, pues éstos no pueden en forma alguna competir con el hijo del país, a no ser que no tengan otras aspiraciones que las de ir viviendo... Pero no, no convienen en forma alguna. Es preciso que esto se sepa, para evitar a esas pobres gentes toda una odisea de vicisitudes y miserias.

Allí ganan dinero los agricultores, los hombres de negocios, la gente joven trabajadora que conozca la contabilidad, mecanografía y dos o tres idiomas, con preferencia el inglés, y que vaya con una buena preparación comercial.

—¿...?

—La vida es barata en todos los Estados. Y el clima, excelente...

★

Doy por terminada la entrevista. Son las seis de la tarde. Don Manuel de la Sierra nos acompaña hasta la puerta, animándonos para no cesar en esta campaña.

Campaña—dice—que será altamente beneficiosa para los dos países hermanos.

Y recalando mucho la frase—como quien tiene verdadero interés en que se haga constar—, repite:

—¡Si supieran ustedes el entusiasmo con que los mexicanos acogen todas las cosas de España...! Son la encarnación de la nobleza. Inteligentes y trabajadores.

La respetable dama doña Adela Lapuente—que ha estado presente durante nuestra entrevista—, señora de D. Manuel de la Sierra e hija de distinguida familia de españoles, clava en los de su marido sus ojos grandes y rasgados, en señal de agradecimiento.

Da fin a la entrevista un fuerte apretón de manos, un ofrecimiento de su persona y una sonrisa afable y cariñosa.

Al salir del hotel, la isla de Mouro, Piquio y Cabo Mayor—por efectos de óptica—parecen masas deformes mecándose sobre las tranquilas aguas del Cantábrico.

G. P. R.

Santander, agosto de 1920.



Vista interior de la casa de D. Manuel Lapuente en Teziutlan (Estado de Puebla).